

muchísimo á los nobles que se veían excluidos del reparto. Se puede decir sin agraviarlos que tanto como su nueva persuasión, había influido en su conducta la codicia de entrar á la parte de los despojos de la iglesia. Por el arreglo definitivo decretado por el parlamento se hallaron en efecto poseedores de bienes muy cuantiosos, quedando para la manutención del clero la mas pequeña parte. Sin embargo aunque esto excitó murmullos de los ministros ó presbíteros, no se llevó menos adelante la obra del nuevo establecimiento religioso.

Hay ejemplos de pocos países en que un cambio completo de religion se haya verificado en menos tiempo con mas acaloramiento y entusiasmo que en Escocia. El culto católico abolido, era á los ojos de la generalidad del país una pura idolatría, y la misa la mas grande de las abominaciones. Todas las formas y la pompa de que son sus ceremonias susceptibles, fueron desterradas con horror en la liturgia calvinista. En sus templos se desechó todo ornato, y los ministros afectaban la mayor simplicidad en sus vestidos asi como la mayor severidad en sus principios religiosos. En todo trataron de conformarse con lo establecido en la escuela de Ginebra; y ya hemos visto que Juan Knox había bebido en esta sus principios. Todas las iglesias católicas fueron violentamente despojadas de todos sus adornos, quebradas las imágenes, destruidos todos los objetos é instrumentos del culto, y lo que unos hacían por espíritu de pillaje y de rapacidad era en otros un nuevo fanatismo. De los muebles de las iglesias se pasó á los mismos edificios. Los mas fueron dilapidados, destruidos, derribados sin mas objeto que satisfacer un furor brutal que se llamaba celo religioso, ó la venta á vil precio de los materiales que se destinaban á otros usos. El país cambió del todo bajo el aspecto moral, bajo el religioso y el político. Cada uno asoció mas ó menos sus intereses mundanos á la nueva forma que se daba á las instituciones religiosas. Bajo su bandera se desarrollaba la ambición de muchos gran-

des que se sentían con medios de ensalzarse. A su nombre se fomentaban asimismo ideas democráticas que tantos resultados produjeron con el tiempo. Porque el calvinismo en su nacimiento, en su propagación y en el ejercicio de su culto fué una institución republicana.

Viuda Maria Estuarda de Francisco II rey de Francia, natural era que se restituyese á Escocia de cuyo país era reina propietaria. El parlamento, inmediatamente que vió arreglado el nuevo establecimiento de reforma religiosa, le envió una solemne comisión á cuya cabeza iba su mismo hermano natural suplicándola fuese á tomar las riendas del gobierno. Para Maria, criada en la corte de Francia, acostumbrada al lujo, á sus placeres, á la pompa de sus fiestas, se presentaba como un doloroso sacrificio trasladarse á un país, que se le pintaba como tan agreste y rudo; mas le fué preciso consumarle. Por otra parte nada tenia que hacer en la corte de Francia, y la reina regente Catalina de Médicis debia de desear que cuanto mas antes partiese para sus estados. Se embarcó la reina Maria en Calais y llegó á Leith en Escocia sin ningun género de contratiempo. A su desembarco fué muy bien recibida y obsequiada, aunque le chocó muchísimo el poco lujo de los trajes y falta de magnificencia en todas las demostraciones del objeto. Con los mismos sentimientos de respeto y simpatía fué recibida en Edimburgo donde su hermosura y juventud no podían menos de cautivar los corazones á primera vista. Pero Maria tenia á los ojos de los escoceses el gran delito de ser católica, y el fanatismo de la plebe no pudo menos de dar síntomas de desaprobación en medio de las aclamaciones de su entrada pública. Desde su llegada á la capital de sus estados tuvo que quejarse la reina de Escocia de la intolerancia de sus súbditos, la misma que los primeros protestantes del país echaban en cara á los católicos, la misma que los Guisas hubiesen establecido bajo las formas mas duras á corresponder sus medios á sus planes. Mas tales son las vicisitudes de los

tiempos. La misa que oía la reina en su oratorio era objeto de murmuraciones y manifiestas invectivas. Contra esta misa se tronaba en los púlpitos de Escocia y sobre todo de Edimburgo. Fué precisa toda la proteccion é intervencion de su mismo hermano para que se dijese esta misa sin ninguna interrupcion violenta. Mas ya haremos ver la continuacion y fatal desenlace de un drama que bajo auspicios tan funestos empezaba.

Segundo Concilio ó continuacion del de Trento.

Causaban todas estas novedades una desazon mortal á don Felipe. Los progresos que hacia el espíritu de innovaciones religiosas era el primer cuidado que ocupaba su existencia. En cuantas órdenes expedía para los Países-Bajos, en cuantas comunicaciones tenia con el rey de Francia, inculcaba como una máxima, como un principio indispensable el no hacer concesion ninguna á los protestantes y el extirpar la heregía por medio del rigor y del castigo. Para poner un remedio á tantos males, ninguna medida le parecia mas eficaz que la renovacion del Concilio suspendido desde 1552 en Trento. Con las mas vivas instancias acudió al papa; suplicándole expidiese la bula para su convocacion, exhortando á los demás príncipes católicos á que promoviesen por su parte igual medida. No dejaba de ser deseada la celebracion de este Concilio. Los católicos la consideraban necesaria para asegurar la pureza de la fé y cortar de raiz los escándalos que al abrigo de tantos disturbios religiosos se habian introducido en el seno de la misma iglesia. Para los mismos protestantes moderados, inquietos de la disidencia y las discordias, que se introducian entre sus diversas sectas, se presentaba esta asamblea tan solemne

como un medio de conciliacion y aproximacion de extremas opiniones. Quizá los que mas repugnaban esta medida era el pontífice mismo y los grandes personajes y prelados de su curia que debian tener tanto interés en promoverla.

Considerado el Concilio como una medida de reforma, como un modo de curar desórdenes, de restablecer la disciplina eclesiástica, de establecer y decretar nuevos reglamentos que el transeurso de los tiempos presentaba como indispensables, tenian gran razon los príncipes y los católicos de buena fé que con ardor le deseaban. Mas si se pensaba que esta asamblea restableceria la unidad de la iglesia con tantos dogmas y doctrinas heterogéneas en que estaba tan lastimosamente dividida, era alimentarse de una ilusion como habia sucedido en la época anterior de aquel Concilio. Para esto era necesario que se compusiese esta asamblea de doctores de los primeros hombres de todas las iglesias, que abriesen un certámen, una inmensa arena de combate en que cada secta apoyase sus doctrinas, y por medio de su discusion venir acaso á una fusion de cosas que aparentemente se excluian. Mas esta idea sobre ser quimérica como á primera vista se presenta no era lo que la iglesia romana temia de un Concilio. No debia éste presentarse para discutir, y si tan solo para condenar, no para admitir en su seno á sus enemigos, con objeto de oír sus argumentos, sino sus abjuraciones. Asi, era ya obrar sobre un principio falso, edificar una obra sin cimientos. Daba por fijo y sentado el Concilio lo que los demás, es decir, los enemigos de la iglesia romana combatian: hablaban en nombre de una autoridad que ellos negaban, y se daban el poder exclusivo de ser intérpretes de la Escritura, cuando era esto justamente lo que se llamaba el campo de batalla de las sectas disidentes. Asi desde las primeras bulas de convocacion y las cartas exhortatorias á todos los príncipes, para que enviasen al Concilio sus representantes, envolvian ya la mas explicita reprobacion de las sectas protes-

tantes. El problema era, pues, si las decisiones declaraciones y rayos espirituales fulminados por los padres del Concilio, harian más impresion en los ánimos de los protestantes que las persecuciones civiles, que los edictos á tenor de cuya letra eran castigados, si á su voz se sofocarian las guerras civiles que iban á estallar, y sobre todo si en los estados donde el protestantismo era ya el culto dominante, se cambiaria de religion despues de las decisiones del Concilio. La solucion de este problema no podia ser dudosa. Los protestantes mas moderados y deseosos de conciliacion rechazaron estos documentos que sin oírlos comenzaban por condenarlos: los príncipes que habian adoptado esta secta, se negaron á enviar sus delegados: la reina Isabel de Inglaterra recibió el Breve de convocacion con altivez, teniéndolo hasta como un insulto á su persona, y á su carácter de jefe y cabeza de su iglesia: los sectarios mas ardientes como los calvinistas de Francia y sobre todo los de Escocia, le miraron como una profanacion, es decir que se verificó en todo y con mas violencia de oposicion y de pasion lo que habia tenido lugar veinte años antes, en la primera convocacion de aquel Concilio.

Hé aquí por lo que respecta á las sectas disidentes. En cuanto al Concilio como reformador de abusos introducidos en el seno de la misma iglesia, no faltaban gravísimas dificultades. La curia romana no gustaba de concilios, como una declaracion tácita de la insuficiencia de su autoridad en ciertos lances de que no son omnímodas sus atribuciones. Los recientes de Constanza y Basilea habian tomado demasiado la mano en curar los males de la iglesia para que Roma los recordarse con mucha simpatía. Que existían abusos todo el mundo lo veia, y los bien intencionados lo lloraban. Que á estos abusos, á los vicios de la misma curia se debian en parte las escisiones, que tantos desórdenes causaban, tampoco era un problema para nadie. Mas sucede á ciertos males y abusos lo que á ciertas llagas que nadie se atreve á tocar; tal es la irritacion

en que se encuentran. Todo el mundo hablaba de reforma; mas por una parte el amor propio, por otra hábitos inveterados, por otra el gusto del poder y de la reprehension se presentaban como obstáculos insuperables. Era por ellos mismos por donde debian comenzar estas reformas los principales padres y prelados del Concilio.

Los príncipes católicos, aunque en globo, querian una misma cosa, diferian en medios, en principios, en carácter. Catalina de Médicis, regente de Francia, gustaba de dominar una faccion por medio de la otra á fin de no verse subyugada por ninguna. El rey de España que queria las cosas con teson, que marchaba siempre por la línea recta, sin pararse en obstáculos, aspiraba al exterminio de los hereges, á que se restableciese en su pureza la disciplina de la iglesia, á que se adoptasen medidas que impidiesen el nacimiento y la propagacion de ideas perniciosas. En su córte no habia facciones ni existia prelado alguno cuyos principios ó intereses se mostrasen contrarios á los suyos. No habia un cardenal de Lorena, con carácter de príncipe, dueño de inmensos beneficios, tan celoso por la conservacion de la iglesia católica, como descuidado en presentarse como sucesor de los apóstoles.

El Concilio se abrió en Trento convocado por el papa Pio IV en diciembre de 1562: fué presidido este por legados pontificios, medida que se adoptó igualmente como hemos visto en el Concilio anterior, para dejar bien puesta la autoridad del papa en la asamblea. Como no podia menos de existir la misma mezcla de lo político y mundano con lo religioso, se resintió el Concilio de las mismas desconfianzas, celos y rivalidades que en aquella se habian observado. Fue muy escaso el número de los padres que al principio concurrieron, y aun algunos de estos pidieron pronto permiso para irse, lo que les fué negado.

Pasó pronto el Concilio á negocios teológicos, y en la sesion quinta ó veinte y dos se decretaron algunos cánones sobre el Sacramento de la Eucaristía y comunión

bajo ambas especies, una de las cuestiones mas ruidosas que en la iglesia católica se suscitaron por aquellos tiempos. A esta sesion no asistieron los prelados y teólogos de Francia, cuya corte accedia de no muy buena gana, lo mismo que la otra vez, á la convocacion de aquel Concilio. El cardenal de Lorena que estaba á su cabeza y que se hallaba en el camino pidió demora que le fué concedida por tres dias. Algunos deseaban su venida contando con su apoyo: la temian otros teniéndole por contrario. Habiendo llegado al Concilio se mostró con mucha deferencia y respeto á sus decisiones, y fué uno de los que propusieron que se celebrasen solemnes rogativas por los negocios religiosos de Francia, pidiendo á Dios la libertase del azote de la heregía, que tal le lastimaba. Mas ni este cardenal ni los demás prelados y teólogos de Francia se mostraron adictos de corazon al Concilio por intereses y rivalidades políticas con otros soberanos de la Europa.

Con pretesto de lo mal sano de Trento pidieron que se trasladase el Concilio á otro punto de Alemania; mas fué desechada esta proposicion por la mayoría, como sospechosa. En la sesta sesion ó veinte y dos, se continuaron las discusiones sobre la conveniencia de distribuir el cáliz á los legos y que excitaba los celos y susceptibilidades de los eclesiásticos. En 9 de diciembre de aquel mismo año se celebró otra sesion, donde se debataron y decidieron varios cánones sobre sacramentos, disciplina eclesiástica, residencia de los prelados, gerarquía y subordinacion de las clases inferiores á las superiores.

Mientras tanto seguian las negociaciones ó pretensiones de muchos, de que el Concilio se suspendiese ó concluyese: los legados titubeaban, los prelados alemanes y españoles oponian á esta medida una grande resistencia. Por fin se zanjó el punto, y en plena sesion se acordó celebrar la última para diciembre de 1563. En otras dos ó tres que se celebraron antes de llegar este

término, se tomaron disposiciones y se decretaron cánones sobre muchos puntos, unos de dogma, otros de disciplina y gobierno de la iglesia. Se dieron cánones sobre el purgatorio, las imágenes, las reliquias, la invocacion de los santos, el arreglo y reforma de los regulares; asunto que dió materia para hasta veinte y dos artículos; sobre las indulgencias, los ayunos, fiestas, catecismo, rezo, misales y breviarios; sobre la sujecion de los obispos á sus metropolitanos; sobre el nombramiento de estos prelados y asimismo de los cardenales, de los curas de almas, de los concursos para obtener estos curatos, sobre los matrimonios, condenándose los clandestinos; en fin sobre todos los puntos en que los eclesiásticos y algunos reyes deseaban prontas decisiones para cortar de raiz los conflictos y desórdenes.

En efecto, en diciembre de 1563, se cerró el Concilio, y para mostrar mejor los padres su obsequio y dependencia de la corte de Roma, se decretó unánimemente que se diesen gracias al pontífice por su condescendencia en haber convocado la asamblea, dándosele el título de sumo pontífice de la Santa Iglesia Universal, lo que excitó aplausos y entusiasmo en el seno del Concilio, y en Roma se recibió con mucho agrado.

Sea que este Concilio se llame continuacion del primero, como querian algunos y entre ellos el rey de España, sea que se le designe con el nombre de Concilio nuevo, fué menos teatro de intrigas y disputas que el antecedente. A excepcion de los de Francia, que hacian bando aparte, todos los demas manifestaron estar unidos por sentimientos de concordia. El rey de España, que deseaba con mas ardor que su padre esta asamblea, y se mostró asimismo mas adicto en todas ocasiones á la Santa Sede, ponía cuantos medios estaban en su mano, en que sus obispos y teólogos se mostrasen deferentes y tomasen un vivo interés en la reforma de los males de la iglesia. A pesar de que varias veces obtuvieron los de Francia un puesto superior á los suyos propios, ahogó este resentimiento

miento sin que hubiese influido en la legalidad y sinceridad de su conducta. Trabajó tambien mas este segundo Concilio que el primero, habiendo entrado en el exámen y decision de cuantos asuntos ofrecian reparo en el gobierno y disciplina de la iglesia.

Fué recibido el concilio de Trento en todos los estados del rey de España, en Italia, en la Alemania católica, en las Dietas de Polonia, en Portugal; mas no lo fué en Francia ni entonces ni despues, como habia sucedido en el Concilio antecedente.

CAPITULO XXIV.

Asuntos domésticos.-Se manda observar lo dispuesto por el Concilio de Trento.-Concilios provinciales.-Recibimiento en Toledo del cuerpo de San Eugenio procedente de Francia.-Reconocimiento de don Juan de Austria.-Su educación en Alcalá con el príncipe don Carlos y Alejandro Farnesio.-Venida á España de los archiduques Rodolfo y Ernesto.-Viaje de la reina á Bayona.-Reforma de algunas órdenes monásticas.-Santa Teresa de Jesus.-Carácter, prision, proceso y muerte del príncipe don Carlos.

INMEDIATAMENTE que concluyó el Concilio de Trento sus tareas, fué el primer cuidado de Felipe II mandar por un decreto la observancia mas estricta en todos sus dominios (1) de cuanto en aquella asamblea se habia decretado. En Francia y algunas mas partes del mundo católico, no fueron todas sus decisiones admitidas; mas en España pasaron sin excepcion, por poco menos que artículos de fé, y todas las de una aplicacion práctica, se pusieron inmediatamente en uso. Fué sin duda Felipe II el príncipe católico que con mas ardor trabajó y con mas eficacia porque tuviese efecto. Sin duda era el primero de todos ellos en ser y preciarse de ser un hijo obediente de la iglesia.

(1) Concilios provinciales.

Precisamente mientras duraban las sesiones del Concilio y á su terminacion, fué cuando estaba mas viva la pugna y convertida en guerra civil la religion en Francia. La Inglaterra estaba tranquila, mas se agitaba mucho Escocia. Los Países-Bajos se hallaban muy próximos á una gran conflagracion; mas antes de pasar á estas escenas de desórdenes y sangre, nos ocuparemos de asuntos interiores de España y casi puramente de familia.

El rey trasladó su corte á Madrid como hemos dicho, y se ocupaba en dar á este pueblo la extension é importancia de una capital, que adquirió en efecto durante su reinado. En el de Carlos V no tenia la cuarta parte de la circunferencia y poblacion con que contaba en el siguiente.

Seguendo el asunto de los acontecimientos domésticos de aquella época sin que lleven un rigoroso enlace cronológico, porque no es posible, pasaremos al del Concilio de Trento, cuyos decretos no solo mandó el rey por otro suyo que fuesen observados con rigor en todos sus dominios, sino que dispuso que se celebrasen concilios provinciales en todas las metrópolis, á fin de hacer recibir el general en la iglesia de un modo mas solemne. Asi se hizo en Toledo, al que asistieron los obispos de Córdoba, Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca y Osmá; el abad de Alcalá la Real, el de Alcalá de Henares y otros; y al mismo tiempo por parte del rey y como su comisionado don Francisco de Toledo. En él se aceptó en todas sus partes el Concilio, y se hicieron estatutos saludables á fin de darle debido cumplimiento.

Durante la celebracion de este Concilio provincial en Toledo, tuvo lugar una fiesta y ceremonia de gran pompa. Deseaba aquel cabildo eclesiástico tener el cuerpo de san Eugenio que habia sido de sus primeros arzobispos y que se hallaba á la sazón en Francia: para lo cual suplicaron al rey y á la reina, interpusiesen su valimiento con su hermano. Condescendió el rey muy gustoso, y dió orden en París á su embajador para que